

ARTÍCULOS

NOCIÓN DE CAMBIO

Un conferencista decía que si hoy tuviésemos que buscar una palabra que encerrara el polifacético aspecto de nuestro mundo y de nuestra historia, esa palabra sería “cambio”. Conuerdo con esta opinión, y la confirmaba al conversar hace unos días con una amiga Profesora, e inquieta y atenta respecto de los problemas pedagógicos. Me decía que la reforma pedagógica que se va radicalizando progresivamente, tiende, o se propone, ya no dar una base cultural, un conjunto de conocimientos, sean humanísticos, sean científicos o técnicos, sino crear en el niño y en el adolescente la posibilidad de conocer, de informarse, crear la capacidad de receptividad de algo totalmente móvil y que es imposible almacenar, e inclusive podría ser contraproducente almacenar. En cada momento se conocerá lo de ese momento y para ese momento, sin apoyo en una anterior cultura hecha, y sin pretensión de ser base del futuro. Es decir, que el cambio es hoy un hecho que afecta a la economía, a la cultura, al arte, al aspecto religioso y a la Iglesia.

El 24 de septiembre de 1969 S.S. Pablo VI decía:

“Hoy la vida cambia de modo tan radical, que no es posible atenerse a las formas con las que ayer estaba modelada. Es justo: no podemos, ni debemos, quedarnos anclados en el pasado, antes bien nuestro deber es acoger todo lo bueno que nos ofrecen los nuevos tiempos, diremos más, nosotros mismos debemos promover el progreso en todos los niveles y acelerar la evolución que la prodigiosa civilización moderna ofrece al hombre, para que él sea más hombre y para que todos puedan gozar de los beneficios de un mundo mejor”.

Ya antes, el concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et Spes*, 4 dijo:

“El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados... Afectados por tan compleja situación muchos de nuestros contemporáneos difícilmente llegan a conocer los valores permanentes y a compaginarlos con exactitud al mismo tiempo con los nuevos descubrimientos. La inquietud los atormenta, y se preguntan, entre angustias y esperanzas, sobre la actual evolución del mundo. El curso de la historia presente es un desafío al hombre que lo obliga a responder”.

La *Constitución*, en los párrafos siguientes, continúa analizando las principales áreas de este proceso de cambio.

Y en 1968 en la Introducción del Documento final de la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, nuestros Obispos declaran:

“América Latina está evidentemente bajo el signo de la transformación y del desarrollo. Transformación que, además de producirse con una rapidez extraordinaria, llega a tocar y conmover todos los niveles del hombre, desde el económico hasta el religioso.

Esto indica que estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total... Percibimos aquí los preanuncios en la dolorosa gestación de una nueva civilización. No podemos dejar de interpretar este

gigantesco esfuerzo por una rápida transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación”.

Estos textos del Magisterio de la Iglesia confirmando un hecho y reflexionando sobre el mismo, me han llevado a pensar que es necesario interrogarse seriamente acerca de la naturaleza de este hecho existencial que es el “cambio” a fin de asumirlo con plenitud y como dice el documento de Medellín: como un “evidente signo del Espíritu”. Porque la moda también es un cambio, el deterioro es un cambio, la mutilación es un cambio, el pasar botones de la derecha a la izquierda en un chaleco burgués es un cambio que sin embargo deja intacto el reloj de oro. Y la flor que deviene fruto es un cambio, y el hombre que se entrega a Dios cambia, y el niño que se hace adulto cambia.

Es necesario entonces, analizar este fenómeno que no es humano sino común a toda creatura, y que no es moderno, sino coexistente al tiempo. Hoy simplemente se ha acelerado -y cada vez más- el cambio (en todos los órdenes y sentidos) y ello nos ha obligado a tomar conciencia de esta propiedad de todo ser. Cuando oigo decir que antes el mundo y las cosas, y el hombre y todo era estático, no puedo menos que tener la sensación de oír contar la Bella durmiente del bosque en versión para adultos. El viejo Heráclito, ya antes de Sócrates, decía que todo cambia, y la realidad, el ser, no era sino como fuego, como la combustión de un perpetuo movimiento. El concepto aristotélico de *entelequia* es sinónimo a una esencia que mueve el ser desde dentro para cumplirse, para “existenciarse”, y buscó inclusive una definición del movimiento, y dio una muy simple (con lo cual no queda cerrada la búsqueda de nuevas explicaciones y análisis): el paso de la potencia al acto. Simplemente quisiera aclarar que el hombre siempre estuvo inquieto y pensativo frente al cambio, y que esos cambios se operaban no sólo en las cosas, sino en la historia. La filosofía de la historia y la historia como ciencia es posterior, es moderna, pero la historia, el cambio social y político en la vida de los pueblos es tan antiguo como los mismos pueblos.

Cuentan que el Rey de Francia Luis XVI, en los últimos meses antes de la Revolución Francesa, anotaba en su diario, día tras día: “Hoy no ha pasado nada”. ¿Era verdad que no pasaba nada? Pasaba algo decisivo, no sólo para Francia sino para Europa, pero el Rey no percibía el cambio, no se daba cuenta, no veía más que los salones y los jardines de Versailles. Cuando los “hippies” toman drogas, se aglutinan en un mundo irreal donde no hay guerras, ni trabajo, ni luchas, ni responsabilidad de, lo que “sucede”, de lo “nuevo”, de lo que debe ser “conducido”.

En la historia siempre surgirán los hombres para quienes “no pasa nada”, y los hombres para quienes el movimiento es un Dios.

Entonces, convengamos que lo que hoy nos caracteriza es la *radicalidad* y el *aceleramiento* del movimiento, pero no el movimiento mismo.

Antes de seguir aclaro algo más: la distinción entre “cambio” y “renovación”. Es ingenuo confundir dos palabras que tienen matices diferenciales definidos. Sobre todo los religiosos tienen muchas veces esta falta de precisión. Algo se “re-nueva” cuando por una acción exterior o interior vuelve a poseer su integridad inicial perdida a raíz del desgaste. La “renovación” implica cambio, pero no cualquier cambio. Toda “renovación” indefectiblemente apela a una vuelta a las fuentes sin -por otro lado- calcarlas. A la vez esto “re-novado”, debe ser “nuevo”. No es lo mismo “renovar” un vestido que “crearlo” o “cambiar” un vestido. El “cambio” es algo más amplio, y más libre que la “re-novación”, puede ser renovación y puede ser innovación, y puede ser distinción, y puede ser traslación, etc.

Sea sustancial o sea accidental el cambio puede producirse de tres maneras:

Primero: por sucesivas aniquilaciones y creaciones. Sin ninguna duda que esto no puede tomarse en un sentido absoluto, Pero es más o menos lo que todos hemos hecho en nuestra

infancia, cuando hacíamos una torre de cubos coloreados, luego con un manotazo hacíamos un desparramo de cubos y hacíamos otro montaje totalmente diferente pero con igual suerte. La aniquilación es la condición de nuestra creatividad, de nuestra alegría agresiva. Goethe dice: “donde mueren las palabras nace la música”, es decir que para que algo comience, algo debe acabar. Si esto se hiciese ley general y última explicación y condición del cambio, llegaríamos a la más terrible autodestrucción del hombre. Una humanidad cuyos niños nacerían siempre a costa de la muerte de sus madres. Pero, en nosotros hay latente esta agresividad infantil que gusta jugar rompiendo, que siente necesidad de armar, de crear, y para ello de desarmar, de romper, de quebrar.

Decía Pablo VI el 2 de julio de 1969:

“El problema de lo ‘nuevo’ en la vida católica es sumamente complejo. Nos limitamos a una sola observación, y es ésta: lo nuevo no puede ser producido en la Iglesia por una *ruptura* con la Tradición. La mentalidad revolucionaria ha entrado bastante también en la mentalidad de muchos cristianos, de buenos cristianos. La ruptura que hemos de analizar nosotros es la de la conversión, la ruptura con el pecado, no con el patrimonio de la fe y de vida del que somos herederos, responsables y afortunados...

Quien pretende hacer prevalecer la propia experiencia espiritual, el propio sentimiento de fe subjetiva, la interpretación personal de la Palabra de Dios, produce ciertamente una novedad, pero es una ruina. Así quien desprecia la historia de la Iglesia en lo que ésta tiene de ministerio carismático para la tutela y la transmisión de la doctrina y de las costumbres cristiana, puede crear novedades atrayentes, pero carentes de fuerza vital y salvífica”.

Segundo: por un proceso dialéctico. Es el fruto de un desafío y lleva enviscerado un progreso, un desarrollo, una novedad acrecentada. Es el cambio que postula el neomarxismo y todos los “ismos” hegelianos. No hay la aniquilación de una cultura, de una realidad, de una estructura. No se la deja morir, pero se la enfrenta se la contesta, se la desafía, entablando una revolución, un constante frotar a fin de que de este proceso de revolución surja la síntesis o efecto del desafío dialógico. La revolución deviene condición *sine qua non* del cambio evolutivo. E inclusive el “diálogo” para ser tal debe asumir la forma “contestaría”, de lo contrario no surge nada nuevo y no se progresa en el asunto propuesto. En el momento que se detuviera la “revolución” como actitud dialógica, pararíamos la historia, el mundo, la vida.

Esta posición, bien diferente de la anterior no es menos grave, con un agregado: siempre está cargada de una dosis grande de romanticismo, como todo el hegelianismo. Tiene el sabor mezclado de una mística y de una exaltación adolescente. Y hoy este tipo de cambio se da dentro y fuera de la Iglesia y más de una vez lo vemos en los monjes.

El cambio equivalente a esta dialéctica conducirá indefectiblemente a encerrar al hombre en esquemas, planificaciones, estadísticas, cuadros en que se conjugarán el frío cálculo matemático con la más apasionada violencia. Será el cambio cuyo fruto tal vez sea el pan la alfabetización, pero no precisamente el amor. Estos dialécticos, después de su lucha por el cambio, suelen terminar no amando a los hombres, ni a Dios, ni a sí mismos, y esto último es graves.

El documento de Medellín dice en el Cap. II:

“Nadie se sorprenderá si reafirmamos con fuerza nuestra fe en la fecundidad de la paz. Eso es nuestro ideal cristiano. La violencia no es ni cristiana, ni evangélica. El cristiano es pacífico y no se ruboriza de ello. No es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir. Pero prefiere la paz a la guerra. Sabe que los cambios bruscos o violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo, la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada

preparación y esa efectiva participación de todos, que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada” (2.2.1).

“Si consideramos pues el conjunto de las circunstancias de nuestros países, si tenemos en cuenta la preferencia del cristiano por la paz, la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por ilegítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencia, ansiamos que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz”.

Tercero: Probablemente quien me escuche, a esta altura piense que entonces es imposible el cambio. No sólo es posible, sino que es un hecho y tal vez el más hermoso. Lo que cambia, vive, y está en el ser. Entonces, busquemos otra forma de cambio: la que no requiere ni la aniquilación ni la revolución. Y es el cambio que surge desde dentro y por razón de la vida. Es el cambio sinónimo de desarrollo, de maduración, de floración, de plenitud. Este cambio no puede operarse sino desde dentro, desde el interior.

Un pueblo no cambia sino por un movimiento, por una fuerza que nace en su mismo seno, en su mismo corazón nacional, como un río que bala todas las estructuras y los individuos. Lo mismo ocurre en la Iglesia, y en una Comunidad religiosa, y en una persona. Muchos factores externos pueden contribuir, posibilitar este cambio. Pero lo harán, no provocando el cambio, sino liberando, quitando los obstáculos que impiden a la fuerza interior madurativa expandirse. El cambio es movimiento interior del ser que busca su plenitud como la planta el sol. Es ley universal cósmica. Y cómo lo sentimos los hombres! Agudamente, dolorosamente, gozosamente...

En el hombre, este cambio significará “hacer la verdad” de sí mismo, y ello a la vez significará crecer en el amor. En la sociedad de los hombres los grandes cambios surgen del amor. Decía Pablo VI el 24.9.69:

“Las críticas y las reformas son posibles y útiles a condición de que sea el auténtico amor el que las promueva”.

Hay un texto de Pablo VI que nos orientará acerca del método o modo concreto de realizar el cambio desde dentro, aun cuando el mismo es más bien sobre “renovación”. Dice así:

“La primera *renovación* -recordémoslo bien- es *interior, personal* (cf. LG 7, 15, *Unit. red.* 4, 7, 8). “Renováos en el espíritu de vuestra mente”, nos recomienda san Pablo (*Ef* 4,23). Esta es la verdadera, la primera, nuestra característica novedad cristiana. Todos y cada uno debemos tender a ella. Después -si os agrada reflexionar sobre ello- la novedad de la vida cristiana y dentro de la Iglesia puede realizarse mediante una *purificación*, una operación que se está realizando, más aún, que siempre se realiza, mediante una *profundización*, ¿quién puede decir que lo ha comprendido todo, que lo ha valorado todo en el tesoro de la palabra, de gracia, de misterio que llevamos con nosotros? ¡Cuánto puede *crecer* todavía el cristianismo por este camino! Finalmente, la renovación de la vida cristiana debe realizarse mediante *una aplicación*. No se trata tanto de inventar un cristianismo nuevo para los tiempos nuevos, cuanto de dar al cristianismo auténtico las nuevas aplicaciones de las que es capaz y de las que tenemos necesidad” (2 julio 1969).

Retengamos estas palabras:

- cambio interior personal
- purificación
- aplicación

Este cambio operado en esta línea, es capaz de hacernos vivir realmente la historia como un hacerse que posibilita un desarrollo humano y una presencia de cristo a través de los hombres plenificados por su Resurrección.

El inmovilismo, llámese como se llame, es equivalente a la muerte, a la destrucción y descomposición por inercia. Nosotros no sólo debemos asumir el cambio como quien -bueno- no puede menos que nadar en un río. Nosotros debemos realizar el cambio como quien hace la operación más acorde a su naturaleza, como quien ejerce su propia vida, su propio acto de existir. Este cambio es un constante surgir de sí mismo, que no podría darse sin un permanecer en sí mismo.

En un momento en que, como vimos, el cambio se hace radical y acelerado, debemos optar por este tercer modo de cambio, cuya fuerza interior en el hombre es el amor. Si nosotros pudiésemos definirnos como santa Catalina de Siena, que decía:

“... Y ¿cuál es mi naturaleza? ¡El fuego!”.

Entonces seríamos como Juan Bautista:

“La lámpara que arde y alumbrá” (Juan 5,35).

Y esto es lo único que el mundo necesita para que su cambio sea real y en tensión hacia la plenitud en Cristo. Como dice el Padre Schillebeeckx, “humanizar el mundo, pero hacia el *eschaton*”.

El cambio que brota de la vida, y que coincide con la vida, es un cambio que da vida y que suprime en sí una serie de antinomias, como la de estructura-carisma, autoridad-libertad, ley-libertad, etc., etc. Un cambio ab-intrínseco es siempre libre, es siempre ordenado, es siempre espiritual, es siempre concretable.

Creo que este es el gran testimonio que hoy debemos dar: saber vivir el cambio en plenitud humana y evangélica.

*Abadía de Sta. Escolástica
Buenos Aires
Argentina*